

La cabeza de nácar.

¿Cuándo se corona esa cabeza? Los que todavía nos atrevemos á tener fe en algunas cosas, creímos, y aún seguimos creyendo, que la coronación del viejo consagrado ha de ser pronto una realidad. Hoy, más que nunca, conviene á España demostrar ante el extranjero que si no tenemos una marina tan buena como fuera de desear, ni un ejército todo lo afortunado que hubiéramos querido, tenemos, en cambio, poesía, y como jefe de ella un Patriarca digno de ser colocado sobre un trono y de recibir la corona de la inmortalidad. A falta de marina tenemos soberbias *marinas*, dígalos nuestra magnífica pléyade de pintores; á falta de gloriosas espadas tenemos pinceles que nos han conquistado la admiración del mundo, y á falta de excepcionales victorias conseguidas con el bronco detonar de las armas, tenemos victorias conquistadas con el melodioso resonar del ritmo y de la estrofa.

Artistas de la palabra, cultivadores del lenguaje escrito, escultores, músicos y poetas, dan incesantes y gallardas muestras de que aún esta tierra sigue siendo la tierra de la fantasía, reflejada en sus obras de arte.

Por eso, acaso, desde el pasado siglo hasta fines del presente, se destacan de entre cientos de eminentes cabezas sin corona, dos que han sido coronadas, y esas dos cabezas han sido las de dos poetas; uno el de la majestuosa poesía, el de los estruendos del *endecasílabo* que, como la armadura, es fuerte, sonoro y hueco, y el otro el que supo encerrar á la España tradicional en sus leyendas y llevó en la frente un caudaloso manantial, que al paso dejaba luz, armonías y lo que el mismo vate decía:

«Doquier dejé una estela de melodía y oro.»

Si la cabeza de nácar de Campoamor recibe la corona que la opinión le tiene prometida, serán tres las testas con diadema que se alcen en los dos últimos siglos y las tres serán de poetas. Pero me está sonando á garrulería tanto anuncio aparatoso como se ha hecho de la coronación, y la frente del creador de los *Pequeños poemas* sigue tan gloriosa como antes de esas vociferaciones, pero sin la corona.

Primero iba á ser en el pasado Mayo, creo; el Retiro sería el fondo espléndido sobre el que resaltara la blanca cabeza; después tengo entendido que se aplazó la fiesta para comienzos de otoño, y luego... nadie ha vuelto á hablar de semejante coronación. A mí se me figura que ya que gozan de tan poca formalidad muchos organismos de la nación, se debía tener más respeto á la ancianidad ilustre de un hombre excepcional, que en la soledad de su retiro ve irse apagando su vida como se apagan los resplandores de una lámpara de oro.

Puede ser que ahora, para coronar á Campoamor, haya de esperar de nuevo á que la primavera llene de ramas el Retiro, y después á que á esas ramas les dé tonos cobrizos el otoño, para... volver á aplazarlo de consagrar las sienes del poeta eminentísimo. ¡No parece sino que el coronado va á ser un vástago de aca-

cia, y se necesite, ó cogerlo en flor, ó vestido de pajizas manchas otoñales.

Si efectivamente es al poeta de las *Doloras* á quien van ustedes á coronar, más vale que no esperéis á que, en la primavera que viene, acaso no viva ya el Patriarca de la lírica; conducidlo, como quien conduce un objeto sagrado, al Ateneo, al teatro Real, á Palacio mismo, y allí cumplirle lo que le tenéis tantas veces prometido.

Dicen que los ancianos se vuelven niños en lo sensibles, y es posible que estéis llenando de sentimiento el corazón de quien tan alto puso el arte de la poesía en España.

La poesía de Campoamor, como su cabeza cana y santa, está llena de delicadísimos reflejos de nácar; nunca encontraréis en sus versos una tonalidad violenta; el silencioso raudal de su poesía sale de su pluma como bañado en luz de luna, halagador, suave; su poesía parece de terciopelo blanco. En ese raudal van ideas profundas, conceptos filosóficos, elucubraciones abstractas, consideraciones metafísicas, todo ello poco encarnado en el mundo de los seres de carne y hueso, ciertamente, pero lleno de misterios de poeta, de cabrillos fantásticos, de reflejos vagos como de cosa soñada. Así como hay poeta que parece tener encerrado dentro de su craneo el sol, Campoamor parece tener encerrado en su cerebro la luna.

Hasta cuando da trallazos con las cuerdas de la lira, su estrofa es afelpada. Como cada uno es muy dueño de hacer de su fantasía un sayo, yo creo ver, cuando leyendo á Campoamor cierro los ojos para soñar, que sus poesías se convierten en un lago poblado de cisnes, los cuales van nadando por medio de rizos y círculos de plata. Todo en su poesía es de ópalo nebuloso y fantástico, de nácar suave y tenue. Ningún poeta ha tenido en España más número de ideas que Campoamor, y casi siempre da la idea hecha imagen, como es lo propio de un poeta, y acudo á la autoridad y al testimonio de Paul Bourget, el cual bastará sólo con que es extranjero para que entre nuestros literatos sus palabras no tuvieran réplica.

Y ahora que digo extranjero, debo añadir para terminar esta crónica, que me hubiera alegrado grandemente de que la coronación de Campoamor hubiese, por casualidad, coincidido con el paso por Madrid de Sarah Bernard, para que ella, que tiene tan clara inteligencia, hubiese reflexionado en la diferencia de méritos absolutos que hay de un poeta como nuestro gran viejo á una actriz como la célebre francesa. El genio de ella es intransmisible: se agarra á sus nervios, á su voz, á las líneas de sus ropajes, á los músculos de su fisonomía, á la crispatura de sus manos; de un soplo la muerte apaga á Sarah y con ella á su genio. En cambio, que sople la muerte sobre los libros de Campoamor y los apague. Mientras más sople más cuajará su labor diamantina, hecha para la inmortalidad. Sarah es lo pasajero, y Campoamor es lo perdurable. Teníamos, pues, estos días en Madrid una cosa que valía y que vale infinitamente más que el portento trágico que se llama Sarah Bernard. ¡¡¡Quién había de pensarlo!!!